
MARINA CASANOVA
(Universidad Nacional de Educación a Distancia)

*La Yugoslavia de Tito
o el fracaso de un Estado multinacional.
Las visiones de Ivo Andric, Vuk Draskovic y Danilo Kis*

I. Introducción. II. Ivo Andric. III. Vuk Draskovic. IV. Danilo Kis.

I. INTRODUCCIÓN

La Yugoslavia de Tito fue un claro ejemplo de un mosaico cultural de diversas nacionalidades. Yugoslavia no fue un país, sino un laboratorio. Pero en los años noventa explotaron los alambiques debido a la incapacidad de los gobernantes para crear una única nacionalidad, el yugoslavismo, que sirviera como unidad esencial, a pesar de las diferencias de lenguas, religiones y experiencias históricas.

La creación del Reino de Serbios, Croatas y Eslovenos en 1918 pudo llevarse a cabo por la asunción de que todos los eslavos del sur formaban parte de una misma etnia y tenían una cultura común. Así fue como lo imaginaron sus promotores, pero eso no quiere decir que lo lograran. El nuevo Estado, que en 1921 tomaría el nombre de Yugoslavia, nunca llegó a ser un estado unicultural.

Al contrario que numerosos países europeos para los que la lengua fue el punto de partida para la constitución de naciones modernas en tanto que comunidades políticas, en Yugoslavia, habitada por una mezcla de serbios, croatas y musulmanes bosniacos, el punto de partida de las divisiones nacionales fueron las diferentes religiones, creencias o pertenencia étnica.

Yugoslavia atravesó a lo largo de su historia dos etapas claramente diferenciadas: una primera desde su creación en 1918 hasta 1941 cuando desaparece como Estado después de la ocupación alemana, y una segunda a partir de 1945, conocida como “la Yugoslavia de Tito”.

El yugoslavismo fue inicialmente un factor esencial para sustentar los cimientos del nuevo Estado, y al final una condición necesaria para que sobreviviese como tal. A partir de los años sesenta se consideró que el *titismo* y la versión yugoslava del socialismo eran suficientes para mantener unidos a los diferentes pueblos y se abandonó la idea de crear una cultura nacional unificadora.

Para entender la Yugoslavia de Tito es necesario considerarla por lo que fue: un campo de batalla entre una visión nacional colectiva basada en ideales unificadores, contra otra basada en los particularismos.

La Segunda Yugoslavia –como también se llamó a la Yugoslavia titista– fue creada durante la ocupación extranjera y una guerra civil y religiosa. Representaba un intento revolucionario para poner fin a la frágil integración civil y social de sus habitantes y construir una sociedad de justicia social, primero a la manera ortodoxa estalinista, y más tarde siguiendo el modelo del socialismo autogestionario.

Al término de la II Guerra Mundial, los dirigentes comunistas tuvieron que enfrentarse al problema de las nacionalidades de las diferentes repúblicas. Entre los aspectos más importantes para extender su idea de unidad nacional cabe destacar la puesta en marcha de una política lingüística, la creación de unos cánones literarios que reflejasen los rasgos del yugoslavismo y una política unitaria para la enseñanza de la literatura y de la historia.

Después de la creación de la II Yugoslavia, las Repúblicas federadas de Croacia, Serbia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Macedonia y las regiones autónomas de Kosovo y Voivodina, formaron el mosaico de pueblos y de nacionalidades que constituían Yugoslavia.

La Constitución de 1946, hizo una distinción fundamental entre “pueblos” y “nacionalidades”. Los “pueblos” eran los elementos constitutivos de la Federación yugoslava, que disponían de “hogares nacionales” en una o varias de las repúblicas federadas: los eslovenos, los croatas, los serbios, los montenegrinos y los macedonios. Todos ellos formaban parte de los Eslavos del Sur y no poseían un Estado- nación de referencia fuera de la Federación. Por el contrario, otros grupos también numerosos sólo constituían “nacionalidades”, como eran los italianos de Istria, los húngaros de la Voivodina y los albaneses de Kosovo, Macedonia, Serbia y Montenegro, toda vez que disponían de un Estado-nación fuera de la Federación y, en consecuencia, no podían ser reconocidos como repúblicas federadas. Además, la categoría de “pueblo” se aplicaba en todas las repúblicas federadas donde residiesen los componentes de ese pueblo. Tal es el caso de los croatas con dos “hogares nacionales”: las repúblicas de Croacia y Bosnia-Herzegovina. Los serbios tenían la categoría de “pueblo” en Serbia, Croacia, Montenegro, Macedonia y Bosnia-Herzegovina. Por último, todos los “pueblos” y “nacionalidades” poseían la ciudadanía federal, la yugoslava.

En este rompecabezas de naciones, pueblos y nacionalidades, los dirigentes comunistas consideraron como tarea prioritaria fomentar la creación de obras literarias que sustentasen los cimientos del nuevo Estado y borrasen el problema de la cuestión nacional. Los escritores fueron considerados, siguiendo el modelo soviético, como “ingenieros de almas humanas”, encargados de crear una cultura yugoslava. Y aunque surgieron algunas voces discordantes, la mayoría de los escritores se opuso al pluralismo cultural.

El tema más recurrente en la inmediata postguerra fue la exaltación de la lucha partisana. La “literatura partisana” difundió las hazañas y tradiciones de los partisanos que combatieron por la libertad, por el proletariado, por los socialistas y, en general, por los valores humanos de unidad, fraternidad, patriotismo, valor y camaradería. Pero lo más importante de esta larga lista no eran los valores que incluía, sino los que dejaba fuera, en particular el sentimiento de pertenecer a un pueblo determinado.

Todos los escritores compartieron el entusiasmo por los partisanos que formaban parte de una misma nación, que luchaban por superar enormes dificultades antes de alcanzar el triunfo y, paradójicamente en una sociedad tradicional como la yugoslava, la mujer también fue considerada como un partisano que luchaba para alcanzar la igualdad de derechos prometida por los comunistas.

Dentro de este complicado contexto político, he escogido para mi análisis a tres escritores yugoslavos, de tres épocas diferentes: Ivo Andric, Vuk Draskovic y Danilo Kis.

I. IVO ANDRIC

De todos los escritores yugoslavos, el mejor representante del ideal del yugoslavismo fue Ivo Andric, a pesar de que en sus obras no omitió señalar las peculiaridades de las diferentes repúblicas de Yugoslavia. Nacido en el seno de una familia católica en la ciudad bosnia de Travnik, vivió la II Guerra Mundial en Belgrado, período en el que escribió sus obras más conocidas mundialmente, *Un puente sobre el Drina* y *Crónica de Travnik*¹, más tarde se identificó como serbio y después de recibir el premio Nóbel de Literatura en 1961, como yugoslavo.

Hábil diplomático, lo fue en España como Cónsul de 1928 a 1929, y más tarde en Berlín, donde en 1941 firmó los Acuerdos que acercaron Yugoslavia a la Alemania de Hitler. En sus obras no ignora la cuestión nacional, y aunque tampoco fue un simpatizante comunista, la Yugoslavia de Tito le convirtió en el símbolo del yugoslavismo. Algunos musulmanes criticaron su encumbramiento a causa de uno de sus discursos en los que afirmaba que Bosnia fue conquistada en el siglo XV por un pueblo asiático, los turcos, cuyas costumbres eran la negación de la cultura cristiana.

Aunque las obras citadas no están situadas en el presente histórico en el que fueron escritas, sus planteamientos coincidían con los programas comunistas de unidad nacional. A pesar de que Andric pone de manifiesto las dificultades para lograr la integración de los pueblos de Yugoslavia a lo largo de la historia, abre una puerta a la esperanza de que en un futuro se lograría la unidad nacional. No es casual que los dos libros citados sean geográficamente situados por Andric en Bosnia-Herzegovina, que puede considerarse como una Yugoslavia en pequeño.

En *Crónica de Travnik*, Ivo Andric escribe²:

“Conviven musulmanes, católicos, judíos y ortodoxos, todos ellos dominados por los turcos, hasta que en 1807 las tropas napoleónicas invaden la Dalmacia. Entonces se rompe la idílica convivencia entre sus habitantes y surgen las rivalidades, los malentendidos y los descontentos. La llegada del Cónsul francés hace renacer el conflicto de intereses, religiones, aspiraciones y esperanzas. La madeja se tensaba cada vez más. Cada uno contemplaba las cosas a su modo y desde su propio punto de vista, a menudo distinto del de los otros.”

En *Un puente sobre el Drina*, Andric convierte el puente de Visegrad en un símbolo: el puente que une a los pueblos y a las naciones de Yugoslavia. Es el mismo puente que para los comunistas representaba el lema de “unidad y fraternidad”, y también es una premonición del lugar que Yugoslavia ocuparía en el concierto

¹ Las obras de Ivo ANDRIC han sido traducidas a numerosos idiomas. De hecho, las dos que se mencionan han aparecido en español: *Un puente sobre el Drina*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000 y *Crónica de Travnik*, Debate, Madrid, 2001. También lo ha hecho *La señorita*, Debate, Madrid, 2003.

² Ivo ANDRIC: *Crónica de Travnik*, cit.

internacional a partir de la ruptura con la Unión Soviética en 1948: un puente entre el Este y el Oeste.

Es interesante señalar que cuando Andric escribió el libro en 1942, nada hacía presagiar los acontecimientos políticos que se desarrollarían en Yugoslavia en el futuro. A la ruptura con la URSS en 1948 hay que añadir el liderazgo de Tito en el “Movimiento de países no alineados” a partir de 1960.

La ruptura con Moscú en 1948 es importante no sólo porque Tito se revela como el hombre fuerte de los Balcanes, sino también por la marginalidad de Yugoslavia en el nuevo orden establecido de poder en cada lado del “Telón de Acero”. Yugoslavia fue capaz de sobrevivir después de su exclusión política y económica del bloque socialista, y supo mantener una política exterior independiente.

El “Movimiento de países no alineados” tuvo una gran repercusión en la política interior del país. Si, como ya he señalado, los nuevos líderes comunistas denunciaron después de la guerra los nacionalismos, como un producto de la ideología burguesa, bajo la influencia del principal ideólogo del partido, Edvard Kardelj, al iniciarse los años sesenta empezaron a reconocer la diversidad nacional y la legitimidad de una identidad nacional dentro de las estructuras políticas e ideológicas del país.

La política emprendida por Tito como líder de los países no alineados tuvo un efecto inesperado: la promoción de los musulmanes, no sólo para mantenerles alejados de las rivalidades entre serbios y croatas, sino también para granjearse la lealtad de una población pro-yugoslava. La utilización que hizo Tito de la comunidad musulmana fue una importante baza en su incipiente política de no alineación. Como consecuencia de los nuevos vínculos establecidos con los países del Tercer Mundo, especialmente con el mundo árabe, para cubrir los puestos en la carrera diplomática se tuvo muy en cuenta la confesión musulmana. Pero no hay que olvidar que estos diplomáticos eran ante todo miembros del Partido Comunista y que hacía tiempo que habían abandonado sus creencias religiosas.

La nueva vía hacia el socialismo iniciada por Tito, un socialismo nacional independiente basado en el sistema autogestionario, necesitaba de la ayuda de Occidente para reparar los desastres de la guerra. Tito optó por jugar la baza del pragmatismo. Por la situación geográfica de un país bañado por el Adriático y fronterizo con Italia y Austria, y por su independencia desde 1948 respecto a Moscú, las potencias occidentales convirtieron a Tito en el símbolo de puente entre Oriente y Occidente, posición que se ha sugerido fue inspirada por el libro de Andric, *Un puente sobre el Drina*.

Tanto en Visegrad como en Travnik, y en general en toda Yugoslavia, la única verdad permanente era el constante intercambio entre los diferentes pueblos que lo habitaban. La imaginaria comunidad de Yugoslavia sólo podía existir incluyendo todos los pueblos y nacionalidades. Esa es la esperanza de Andric cuando escribe refiriéndose a las inundaciones que asolaron a Visegrad³:

“Turcos, cristianos y judíos se mezclaron. La fuerza de los elementos y el peso de la desgracia compartida llevaron a unirse a esos hombres y a franquear, al menos por una noche, el abismo que separaba una fe de otra.”

³ Ivo ANDRIC: *Un puente sobre el Drina*, cit.

A diferencia de otros escritores de postguerra, las novelas de Andric dan una visión supranacional que une, pero que no elimina las diferencias de los diferentes pueblos, opinión compartida por sus lectores y por los dirigentes comunistas que creían que la creación de una cultura supranacional era compatible con el florecimiento de las culturas nacionales en su estado multiétnico.

Mientras que el lema de “unidad y fraternidad” sirvió a los intereses nacionales de los pueblos dentro del marco federal, la unidad fue aceptada como algo inmutable. Pero cuando empezaron a surgir contradicciones en el seno de las Repúblicas la unidad empezó a resquebrajarse.

El año 1966 marcó el inicio de la desintegración de Yugoslavia. Las repúblicas más ricas como Croacia y Eslovenia, eran partidarias de la descentralización, mientras que las más atrasadas como Bosnia-Herzegovina y Macedonia apoyaban el centralismo para seguir recibiendo las aportaciones de las Repúblicas más desarrolladas. Las rivalidades económicas eran sólo un reflejo de los problemas étnicos que Tito había tratado de ignorar. Las heridas de la II Guerra Mundial nunca se cerraron y, mientras que el fantasma de los *Ustase* perseguía a los croatas, los serbios eran acusados por pretender la hegemonía de una Gran Serbia.

Cuando se permitió la publicación de obras literaria sobre este tema tan controvertido, éstas se convirtieron en uno de los factores, no el único, que contribuyeron al enfrentamiento entre las diferentes nacionalidades.

El revisionismo histórico de Tito construyó una serie de mitos sobre Yugoslavia, presentando una nueva visión de la historia. Algunos acontecimientos fueron realizados y otros ocultados o mitigados para presentar a los comunistas como los únicos que libraron al país de los nazis. Tanto los *Cetnici* como los *Ustase* fueron calificados como enemigos del pueblo. Tito prohibió cualquier tipo de discusión sobre los crímenes cometidos durante la Guerra que pudieran ir en contra de su política oficial de unidad nacional.

III. VUK DRASKOVIC

Una de las novelas más complejas sobre este tema es *El puñal*, del escritor serbio Vuk Draskovic, nacido en 1948 en Banat, Serbia ⁴.

Draskovic escribió *El puñal* para reafirmar la identidad serbia, en un momento en el que la propaganda oficial predicaba la unidad. Sitúa la acción durante la II Guerra Mundial en la región de Herzegovina, incluida en el Estado Independiente de Croacia dirigido por Ante Pavelic. La novela se inicia con la matanza de la familia ortodoxa Yugovic a manos de la musulmana Osmanovic, el 7 de enero de 1942. La elección de la fecha no es casual, se trata del día de la celebración de la Pascua ortodoxa, como

⁴ La obra más importante de Vuk DRASKOVIC es la saga formada por cuatro novelas: *El puñal*, *La oración*, *La oración 2* y *El Cónsul ruso*. Solamente *El puñal* ha sido traducida al inglés: *The knife*, The Serbian Classics Press, Nueva York, NY., 2000.

Después de la desintegración de Yugoslavia, Draskovic ha seguido una carrera política ambivalente. El “populista” opositor al régimen de Milosevic se convirtió en Viceprimer Ministro de ese mismo régimen, siendo más tarde encarcelado y sufriendo después un grave accidente de dudosa autoría. Draskovic apoyó el envío de tropas a Kosovo, para luego admitir la presencia en la zona de la OTAN. Fue ministro de Asuntos Exteriores hasta las elecciones de 2004.

tampoco es casual que Draskovic eligiera el nombre de Yugovic –"yug" en serbo-croata significa "sur"– que aparece como una alegoría de la idea de unidad de los Eslavos del Sur. Más adelante, el lector descubre que los Yugovic y los Omanovic eran hermanos de sangre antes de iniciarse la guerra.

El puñal es el símbolo de la identidad de los Eslavos del Sur: un puñal con dos filos, fácil para llevar y fácil para matar. Esta alegoría confirma las observaciones de Ivo Andric sobre las diferencias y similitudes entre los pueblos de Yugoslavia, unidos como los filos de un puñal, pero capaces de los mayores odios.

Draskovic tuvo cuidado de no escribir un libro que fuese claramente ofensivo y capaz de despertar las diferencias religiosas o étnicas. Por el contrario, consigue crear un equilibrio entre un mensaje pro-serbio y un discurso apaciguador a través de uno de sus personajes, el musulmán Sikter.

La novela, que fue recibida como un antídoto contra el régimen comunista que quiso transformar la historia, fue condenada y prohibida por el Partido. Cuando se publicó en 1982, dos años después de la muerte de Tito, nadie hubiera pensado que se hicieran realidad las proféticas palabras de uno de sus personajes ⁵:

"Yo se mejor que tú que nuestro pueblo está insatisfecho. Bastaría con encender una cerilla para hacer explotar el descontento y toda Yugoslavia se cubriría de llamas."

El primer ataque contra la unidad impuesta por los comunistas surgió en 1967, y estuvo dirigido por los nacionalistas croatas, en lo que se ha venido conociendo como la Primavera Croata o *Maspok* (Movimiento de masas), y en el que reivindicaban que la lengua croata era diferente de la lengua serbia. Pero las diferencias entre serbios y croatas eran de carácter político y no sólo lingüístico. A los debates lingüísticos se unieron las reivindicaciones nacionalistas y los dirigentes comunistas croatas alentaron la euforia popular y desenterraron los héroes nacionales. La Primavera Croata fue un ensayo de lo que sucedería en los años ochenta. Tito decidió aplastar el movimiento nacionalista, pero las purgas llevadas a cabo no consiguieron extinguirlo.

El segundo ataque a la unidad yugoslava no se produjo por rivalidades étnicas, sino por el descontento de los estudiantes de la Universidad de Belgrado, protestas similares a las que se produjeron en París y en Praga en 1968. Las huelgas no estuvieron motivadas por el nacionalismo serbio, sino por las críticas al autoritarismo, la falta de empleo, los privilegios de los dirigentes del partido o las consecuencias del capitalismo.

Aunque Tito apoyó aparentemente a los estudiantes, para contrarrestar las purgas que había realizado en Croacia, sacrificó a los dirigentes comunistas liberales serbios para nivelar la balanza.

En 1968 también se produjeron movimientos similares en la región autónoma de Kosovo-Metohija, *Kosmet*, pero su significado iba más allá de lo político o de lo lingüístico. Los albaneses de Kosovo siempre habían soñado con la creación de una Gran Albania, como lo fue durante la II Guerra Mundial bajo dominio italiano, pero la consolidación de la Yugoslavia de Tito desvaneció sus esperanzas. Los albaneses de Kosovo fueron considerados como una minoría subordinada a Belgrado e integrados en un Estado que no deseaban.

Tito realizó una política de reconciliación para apaciguar a los albaneses, pero el resultado fue totalmente lo contrario. En 1970 el control de la provincia estaba en manos

⁵ Vuk DRASKOVIC: *The knife*, cit.

de los albanos-kosovares y serbios y montenegrinos se vieron obligados a abandonar la región. A finales de 1974, la provincia era en todo una República salvo en el nombre. El lema de “unidad y fraternidad” nunca tuvo sentido en Kosovo. La inflexibilidad de nacionalismos opuestos y el poder del espíritu de los serbios de Kosovo, volvería a resurgir a finales de los años ochenta y con ello la desintegración de Yugoslavia.

Dentro de la difícil armonía de nacionalidades lograda por Tito, a partir de los años sesenta, los musulmanes de Bosnia-Herzegovina, que no eran considerados como “pueblo” ni como “nacionalidad”, empezaron una serie de campañas para que fuesen reconocidos como una “nacionalidad” diferente a la de los croatas o serbios.

Si se comparan los censos de población realizados cada diez años, se puede apreciar la evolución de la importancia concedida a los musulmanes. En 1940, los musulmanes de Bosnia podían declararse serbios o croatas. En 1948 tenían la opción de declararse como serbios musulmanes, croatas musulmanes o musulmán sin “nacionalidad” determinada. En 1953 pueden declararse yugoslavos y a partir del censo de 1961 pudieron declararse como “musulmanes en el sentido étnico”.

Un grupo de académicos dirigidos por Filipovic y Purivatra continuarían las campañas por la “M” mayúscula, es decir, “Musulmán”, como término para designar a un miembro de una “nación” y “musulmán” con minúscula como término que se refiere a una creencia religiosa, derecho que fue aceptado en el censo de 1971, en el que por primera vez aparece el término “Musulmán”, en el sentido de nacionalidad, y que fue reconocida oficialmente en la Constitución de 1974.

La lucha del reconocimiento de los “Musulmanes como nacionalidad” no fue un movimiento religioso islámico. Por el contrario, estuvo dirigida por comunistas musulmanes que deseaban que la nueva identidad se desarrollase en un campo no religioso para obtener una mayor representación política en la administración comunista. En la Yugoslavia de Tito se podía ser “Musulmán” y al mismo tiempo “Testigo de Jehová”, caso muy frecuente en el pueblo de Zavidovici, en el centro de Bosnia.

Los acontecimientos de la Primavera Croata, las protestas de los liberales serbios, las reivindicaciones de los Musulmanes de Bosnia y las protestas nacionalistas de los albaneses pusieron de manifiesto las desigualdades sociales y regionales.

La Constitución de 1974 fue el último intento para reconciliar lo irreconciliable mediante una combinación de represión y de derechos. Por un lado se volvió a reafirmar el papel dirigente del Partido Comunista, y por otro se ampliaron las competencias de las Repúblicas mediante la descentralización económica y una mayor autonomía de los líderes en cada una de las ellas, pero no de los pueblos. Se trató de perfeccionar el equilibrio entre las diferentes etnias, pero manteniendo el ideal comunista de unidad socialista.

En la práctica, pese al aparente reparto de poder, la Liga de Comunistas Yugoslavos permaneció exclusivamente en manos de Tito. Poco antes de su muerte, Tito ordenó un cambio constitucional para introducir una presidencia colectiva rotativa anual. Pero la estabilidad de la Yugoslavia de Tito fue una consecuencia de su propia personalidad y de la revolución que le llevó al poder.

La revolución no resolvió el problema de las nacionalidades, y tampoco el lema de “unidad y fraternidad” logró que las diferentes entidades culturales se fundieran en una sola. La sociedad se había estratificado y pluralizado. Sólo el Partido continuó siendo monolítico. La autogestión no fue una solución definitiva para la economía y el movimiento de países no alineados no resolvió las crisis del Tercer Mundo.

Tito fue un político de gran talento, pero no supo crear formas institucionales duraderas. El *titismo* significó poder personal, monopolio de la burocracia del Partido que fueron los cimientos de la unidad interna. Con su muerte el 4 de mayo de 1980, el *titismo* perdió su significado y los yugoslavos el líder que les había mantenido unidos. Las fuerzas políticas que habían surgido en los años sesenta en Croacia, Serbia, Bosnia, Kosovo, Macedonia y Eslovenia, habían minado la estructura del Partido. Después de Tito aparecieron los odios escondidos y los nacionalismos reprimidos fueron alimentados por líderes ambiciosos.

Como escribe Ivo Andric en *Una mujer de Sarajevo* ⁶:

“Miembros de las tres principales religiones se odian unos a otros desde el nacimiento a la muerte, inconsciente y profundamente, arrastrando ese odio incluso después de la muerte que consideran un triunfo para sí mismos y como una derrota para sus infieles vecinos. Han nacido, crecido y fallecido en ese odio, verdadera repulsión física por su vecino de confesión distinta, pasan toda su vida sin tener la oportunidad de manifestar su odio en toda su magnitud y horror; pero si alguna vez el orden establecido es sacudido por algún acontecimiento importante y la ley y la razón son suspendidas por algunas horas o días, entonces esa turba, o mejor dicho una parte de ella, habiendo encontrado finalmente un motivo adecuado, invade la ciudad que es, por lo demás, conocida por la exquisita cordialidad de su vida social.”

IV. DANILO KIS

El tercer escritor yugoslavo al que quiero referirme, aunque sea brevemente, es Danilo Kis, considerado como el último escritor yugoslavo ⁷. Igual que Ivo Andric, las raíces de Kis son una mezcla de los diferentes pueblos y religiones de Yugoslavia. De padre judío y madre ortodoxa, nació en 1935 en Novi Sad, no lejos de Belgrado, donde residió hasta la II Guerra Mundial. Huyendo de las masacres contra serbios y judíos realizadas por los fascistas húngaros en toda la Voivodina, la familia se refugió en Hungría hasta 1947, fecha en la que fue repatriada a Cetinje en Montenegro. Posteriormente Kis se trasladó a estudiar a Belgrado y, finalmente, se exiló en Francia.

En su libro *Laúd y cicatrices* ⁸, Kis se define a sí mismo como:

“La típica mezcla de la monarquía austrohúngara, que en paz descansa: al mismo tiempo húngaro, croata, eslovaco, alemán, checo y si empezara a husmear entre mis antepasados y a someter mi sangre a análisis –una ciencia muy de moda hoy en día entre los nacionalistas– encontraría allí, como en el cauce de un río, rastros de sangre armenia y quizás gitana o judía. Yo, sin embargo, no reconozco esta ciencia de análisis espectral de sangre peligrosa e inhumana, sobre todo en esta época y en nuestra región, donde la nefasta teoría del suelo y sangre crea únicamente desconfianza y odio y donde este análisis espectral de sangre y origen se lleva a cabo preferiblemente de forma espectacular y primitiva, con cuchillo y pistola.”

⁶ Ivo ANDRIC: *La señorita*, cit.

⁷ Las obras de Danilo KIS han sido traducidas a numerosos idiomas. En español están disponibles *Una tumba para Boris Davidovic*, Seix Barral, Barcelona, 1983; *Penas precoces*, Muchnik, Barcelona, 2000; *La enciclopedia de los muertos*, El Aleph, Barcelona, 2002 y *Laúd y cicatrices*, Metáfora, Madrid, 2002.

⁸ Danilo KIS: *El reloj de arena*, El Aleph, Barcelona, 2002.

En un texto publicado en 1973, “Sobre el nacionalismo”, Kis afirma que el nacionalismo vive por relativismo, que no existen valores generales estéticos o éticos. Sólo existen valores relativos, y en este sentido, el nacionalismo es reaccionario: “Lo único que importa es ser mejor que mi hermano o mi hermanastro, lo demás no me concierne”. Para Kis el nacionalismo yugoslavo es el resultado de las dos ideologías más nocivas del siglo XX, el fascismo y el comunismo: “El nacionalista es un individualista frustrado, el nacionalismo es la expresión frustrada de esa clase de individualismo”.

En su obra más significativa, *Una tumba para Boris Davidovic*⁹, Kis expone la idea de cómo nació y cómo se desarrolló Yugoslavia, y explora lo que hay de verdad en el estalinismo. Escribe, refiriéndose a los antiguos griegos que:

“Tenían la maravillosa costumbre para aquellos que perecían quemados por el fuego, para los que fueron tragados por un volcán y sepultados por la lava, para los que fueron devorados por las bestias o tiburones o para aquellos cuyos cuerpos fueron descuartizados por los buitres en el desierto, construir cenotafios o tumbas vacías en su tierra natal.”

Es una triste ironía que su propia muerte acaecida en 1989, le evitara levantar un cenotafio a su país, Yugoslavia, desaparecido de la faz de la tierra, y su cuerpo desintegrado por los nacionalismos.

⁹ Danilo KIS: *Una tumba para Boris Davidovic*, cit.